

## LA LEYENDA DEL PRESTE JUAN



o fué la menos viva y profunda de las impresiones que en la imaginación aventurera de los portugueses producían las navegaciones y descubrimientos de los españoles, la exaltada idea de que en las regiones indeterminadas del Oriente había una cristiandad oculta, cuyo emperador y papa se denominaba el Preste Juan.

Sabido es que en los primeros siglos de la Iglesia, el patriarcado copto de Alejandría tenía bajo su gobierno las Iglesias de la Etiopia y la Nubia. Remontando el valle del Nilo, habíase internado el cristianismo hasta el África central, y pasado de allí á las Indias. Sabemos también cuánto exageraba el patriarca de Alejandría, en sus luchas con la Iglesia de Constantinopla, la importancia de aquellas naciones cristianas de la Etiopia y la Nubia, las cuales, según él, podían poner en campaña 100.000 caballos y otros tantos camellos, y desviar el curso del Nilo, esterilizando de este modo el Egipto. Sábese igualmente que en el siglo iv, á causa del cisma alejandrino, la Iglesia de Etiopia se separó del gremio cristiano y quedó como perdida para Europa durante un período de mil años, hasta que, en el siglo xvi, acabaron por desencantarla los portugueses <sup>2</sup>.

En ello influyeron las conquistas de los árabes, quienes, avasallando toda el África mediterránea, aislaron por varias centurias, de la civilización europea, las regiones orientales, cuya penetración había sido progresiva desde el tiempo de Alejandro Magno. Tan sólo cuando la marea árabe comenzó á refluir, surgieron de nuevo los antiguos recuerdos, avivados por la codicia de las Indias doradas: *thesauris arabum et divitiis Indiae*.

<sup>1</sup> Inicial copiada de un códice de mediados del siglo xv.

<sup>2</sup> Gibbon, Decline and fall, etc. C. XLVII, 6.

Consta que en 1145 se tuvo en Europa la primera noticia de un potentado oriental, cristiano nestoriano, á quien se daba el nombre de Preste Juan. Este tal, que ya había batido á los persas, no vacilaría en bajar hasta Jerusalem para combatir á los sarracenos y favorecer con su auxilio á los cristianos.

Así lo dijo un obispo de Siria que había ido á Roma á implorar la protección de Eugenio III <sup>1</sup>. En 1237, la indicación de las Indias aparece ligada al Preste Juan, en una carta, en que el prior de los frailes misioneros de Tierra Santa decía á Gregorio IX; refiriéndole los servicios prestados al cristianismo por sus religiosos en diferentes partes de Asia: «Hemos recibido muchas letras del patriarca nestoriano, á quien obedecen la grande India, el reino del Preste Juan y las tierras vecinas del Oriente.

En el *Atlas catalán* de 1374, publicado en París en 1838, vese entre las palabras «África» y «Nubia» la figura de un emperador coronado, empuñando el cetro, y al lado esta leyenda: «... de Sarrayns, ciutat do... est... de Nubia. Esta tos temps em guerra e armes com crestians de Nubia, qui son so senyoria de l'emperador de Etiopia de la terra do preste Johan.»

Tal era la confusa noticia que á fines del siglo xiv se tenía de la Abisinia y de su soberano.

No es de admirar, por tanto, que, efectuada la conquista de Ceuta en 1415, el infante D. Enrique, para quien aquel hecho de armas iniciaba la descubierta del mundo robado al conocimiento de Europa por la expansión de los árabes, supusiese que podría llegar, á través del África, á los estados del Preste y á las Indias. Restablecer las relaciones entre dos pueblos cristianos, sería el mejor medio de ultimar el exterminio de los moros, empresa tradicional de los pueblos peninsulares.

En la segunda mitad del siglo xv, pese á la dilatada serie de trabajos realizados durante ella, poco ó nada se adelantó respecto al conocimiento exacto de la Abisinia. Se buscaba por todas partes al Preste y no era posible encontrarle. Se reconoció todo el litoral del África occidental, y las pesquisas resultaban infructuosas. En 1488, vino en persona á Lisboa el rey negro de los jolofos de Guinea, á pedir el protectorado portugués y el establecimiento de misiones, y tanto estos misioneros como los que en 1491 se establecieron en el Congo, é igualmente los indígenas que Bartolomé Dias llevó consigo en el viaje en que dobló el cabo de Buena Esperanza, tenían encargo particular de internarse en el país para descubrir los caminos del legendario imperio escondido en el repliegue superior del África oriental.

Compréndese, pues, fácilmente, que estas tentativas no eran más eficaces que las del infante D. Enrique, practicadas medio siglo antes, por la vía de Marruecos. No obstante, un embajador del rey de Benim, llegado á Lisboa, informó á D. Juan II de que más allá de su país, cosa de doscientas cincuenta leguas al Oriente, había un príncipe muy poderoso, llamado Ogané, de quien el rey de Benim era vasallo. Tales

<sup>1</sup> Fleury, Hist. Ecclesiást., 69, § 10, an. 1145.

circunstancias añadía el embajador y de tal modo describía los ritos y ceremonias de aquella corte, que D. Juan II sospechó que se trataba del Preste <sup>1</sup>. Pero no podía ser; las afinidades notadas entonces explícanse hoy corrientemente por la arabización, que se hizo extensiva á todos los pueblos del África central.

De esta sospecha vino, sin embargo, la orden dada por el rey á Bartolomé Dias de que en las tierras que fuese descubriendo «dejase ciertos negros y negras, que ya industriados llevaba consigo, á fin de que por ellos llegase á noticia del Preste Juan el deseo que el rey sentía de conocerle y tener con él amistades» <sup>2</sup>. Al mismo tiempo despachaba por tierra emisarios que debían caminar á través del Egipto y de la Siria, en demanda del encantado *negus*. El primero de éstos emisarios parece haber sido un fraile, Antonio de Lisboa, quien por desconocer la lengua árabe no pudo pasar de Jerusalem. Siguiéronle otros, sin mayor fortuna <sup>3</sup>, hasta que en 1487 partieron para Oriente, por la vía de Nápoles, Pero da Covilhan y Alfonso de Paiva.

Entretanto, llegaba á Lisboa un emisario singular que llenó de contentamiento el ánimo de D. Juan II; era Lucas Marcos, sacerdote etíope, recién venido de Abisinia, que había ido á Roma á besar el pie de Inocencio III, y á quien el Papa, después de tenerle en el colegio de San Esteban de los Indios, despachó para Lisboa, recomendado al monarca. Es de presumir el agrado con que sería acogido el enviado del propio Preste, que á contar de tantas decenas de años excitaba la curiosidad nacional, formando con su leyenda un núcleo, á cuyo alrededor se habían tejido tan grandes empresas y enlazado tan maravillosas esperanzas.

Paiva y Covilhan mientras ocurría esto, seguían su viaje de Nápoles á Rodas, y de Rodas á Alejandría. En Egipto se incorporaron á las caravanas de Fez y Tlemecen, caminando como mercaderes en dirección á Tur, desde donde pasaron á Suakín, y de allí á Adén. En Adén se separaron; Paiva para internarse en la Abisinia y Covilhan para alargarse á la India. Convinieron en que de regreso se encontrarían en el Cairo.

Paiva después de penetrar en la Abisinia, murió á la vuelta en el Cairo, donde su compañero recibió al llegar la noticia del fallecimiento. Había recorrido Covilhan toda la costa del Malabar y hecho la travesía del Océano Índico hasta Sofala.

No descansaba en Lisboa D. Juan II. Visto lo que tardaban las nuevas de Paiva y Covilhan, despachó dos judíos, el rabino Abraham de Beja y José de Lamego, con cartas para el Cairo.

Con ellos se avistó Covilhan en la capital del Egipto musulmán; escribió las respuestas para D. Juan II, y las mandó por José de Lamego. Decía en ellas al rey, que sin duda alguna se llegaría á la India por el camino de África, y que el encantado Preste no podía ser otro sino el soberano de Etiopía. Pretenden algunos que con esta respuesta envió el viajero una carta del Océano Índico. Participaba además

<sup>1</sup> Barros, Década 1, 3, 4.

<sup>2</sup> Goes, Chron. d'el rey D. Manoel, III, 58.

<sup>3</sup> Íd., íd.

al rey de Portugal que, en cumplimiento de sus órdenes, iba á partir de nuevo para visitar Ormuz y el golfo Persico, y buscar después al Preste Juan, ya que Paiva había muerto sin contar lo que debía de haber visto.

Acompañado por el rabino Abraham, Covilhan salió, en efecto del Cairo para Adén; de aquí siguió á Ormuz, volvió al mar Rojo, visitó la Meca, el Sinaí, Tur, y últimamente Zeila, desde donde se internó en Abisinia. De Ormuz, despachó con cartas para Portugal á su compañero.

En 1490 llegó á la corte del rey abisinio que se llamaba entonces Escauder ó Alejandro.

Recibióle bien y con agasajo los abisinios, más no le permitieron marcharse, antes, por el contrario lo retuvieron, forzándole á establecerse en Etiopia, donde contrajo matrimonio. Allí vivía aún en 1526, al tiempo de la embajada de D. Rodrigo de Lima <sup>1</sup>.

Parece que después en el período de ocho años comprendido entre la llegada de Covilhan á Abisinia y el viaje de Vasco de Gama, hubo todavía otras expediciones en busca del Preste Juan; pero de tales viajes no se tiene más noticia que la contenida en estas palabras del cronista: «y después fueron otros con muchos gastos que el Rey hizo en ello» <sup>2</sup>.

En 1497 partió de Lisboa Vasco de Gama; al año siguiente navegaba por el Océano Índico. En Mozambique obtuvo noticias del Preste Juan. «Nos dijeron que el Preste Juan estaba cerca de allí, y que tenía muchas ciudades á lo largo del mar, y que los moradores de ellas eran grandes mercaderes y tenían grandes naos, pero que el Preste residía muy al interior, á donde no se podía ir sino en camellos <sup>3</sup>.» Tres años más tarde, Pedro Álvares Cabral, el descubridor del Brasil, á su vuelta de la India, dejó dos exploradores en Melinde, recomendándoles que trabajasen por llegar hasta la Abisinia. En 1507, Tristán da Cunha desembarca en el mismo punto otros tres enviados por el rey D. Manuel con cartas regias para el soberano abisinio; no logran penetrar en el interior, y al siguiente año, el nuevo gobernador Albuquerque los transporta al cabo Guardafuí, por donde consiguen al fin arribar á la corte del Preste Juan en que á la sazón gobernaba la emperatriz Helena, durante la minoridad de su nieto David. Esta misión determinó la venida á Portugal del embajador Mateo, «trayendo carta de Helena, abuela de David, Precioso Juan, emperador de los etíopes, á D. Manuel de Portugal, escrita en 1509 <sup>4</sup>.»

Alcanzábase, al cabo, el tan deseado conocimiento de la nación del Preste; pero se conseguía cuando ya nada importaba para el fin que le había dado tanto valor en otro tiempo: para el descubrimiento del camino de la India. Estaba ya trazada la derrota por el cabo de Buena Esperanza, y el legendario emperador del Oriente, jefe

<sup>1</sup> V. Goes, Chron. d'el rey D. Manoel, pass., y en general los cronistas de los Descubrimientos, Barros, Correia, Castanheda, etc.

<sup>2</sup> Rezende, Chron. de D. João II, LX.

<sup>3</sup> Roteiro da viagem de V. da Gama, ed. Herculano (2.<sup>a</sup> ed.), pág. 25.

<sup>4</sup> Goes, Chron. d'el rey D. Manoel.

de una cristiandad perdida, no pasaba de ser un príncipe bárbaro encastillado en la aspereza de las montañas del África superior.

Sometida la India, Alfonso de Albuquerque concibió el plan grandioso del imperio oriental portugués. Tomada Goa, tenía el Malabar seguro; la conquista de Ormuz le daba la clave de las comunicaciones con Persia y el Asia Central; la conquista de Malaca garantizaba su predominio en las relaciones con el extremo Oriente. En cuanto poseyese Adén y las puertas del estrecho de Bab-el-Mandeb, imperaría sobre la derrota del mar Rojo, esto es, sobre las relaciones con el Egipto y Europa. Tendría en la mano las llaves de todas las puertas de Oriente, según entonces se decía.

Compréndese pues la importancia que aún debían de alcanzar, después de descubierta la India, el Preste Juan y su leyenda, una vez que la Abisinia ocupaba una de las márgenes de aquel mar Rojo que en la otra tenía á Adén, punto estratégico, codiciado en vano por Alfonso de Albuquerque. No es de extrañar, esto considerado, el entusiasmo con que en 1512 acogió el gobernador al moro bautizado Mateo, cuando éste venía camino de Portugal enviado por el Preste Juan. Inmediatamente lo despachó para el reino <sup>1</sup>.

Pasados tres años en 1515 volvió Mateo de Portugal para la India, acompañado por el cronista Duarte Galvão embajador del rey y portador de riquísimos presentes. Ya había muerto Albuquerque, y gobernaba la India Lopo Soares <sup>2</sup>.

Embarcado en Goa para el mar Rojo, en 1517, muere Galvão en el camino de Massauah, y se quedan tres años más, Mateo y el P. Francisco Alvares, esperando ocasión de continuar el viaje á Etiopia <sup>3</sup>.

Por último, en 1520, gobernando la India Diego Lopes de Sequeira, va la embajada á Massauah, donde desembarca y es propiciamente acogida por el *barnegaes* ó sea por el sultán vasallo del emperador abisinio.

En el mismo punto, en que ahora á vueltas casi de cuatro siglos, han iniciado los italianos la ocupación de Abisinia, en Massauah, el gobernador portugués desembarcaba al embajador Mateo, de regreso de Portugal con D. Rodrigo de Lima, enviado del rey, á quien acompañaba una comisión compuesta de quince personas. Entre éstas iba el P. Francisco Alvares, compañero de Duarte Galvão <sup>4</sup>.

Á la vuelta de esta embajada al reino, el P. Alvares escribió y publicó su *Verdadeira informação das terras do Preste João das Indias* (1540) <sup>5</sup>. Súpose entonces positivamente lo que había de verdad en la leyenda que desde fines del siglo XII ocupaba la imaginación de Europa. El libro del P. Alvares despertó tal curiosidad que muy pronto fué traducido al castellano (Amberes, 1557, Zaragoza, 1561, To-

<sup>1</sup> Correia. Lendas da Índia, II, 325 á 8; año 1512.

<sup>2</sup> Ibid. pág. 499; an. 1517.

<sup>3</sup> Ibid. pág. 464, 5; an. 1515.

<sup>4</sup> Ibid. pág. 583 á 7; an. 1520.

<sup>5</sup> Fué reimpresso últimamente este libro, ya rarísimo, en una edición *fac simile* de la imprenta Nacional de Lisboa, 1889.

ledo, 1588), al alemán (Eisleben, 1566), al francés (Amberes, 1558; París, 1674) y al italiano (Venecia, 1550).

Así quedó disipada la leyenda del Preste Juan. En pos de ella, guiados como por un espejismo se habían aventurado en el camino de la India, descubriéndolo al cabo, los portugueses. Al fin se vió que nada significaba el Preste para la existencia de nuestro dominio oriental, y las esperanzas que en su protectorado cifraba Alfonso de Albuquerque resultaron también infundadas, porque no dependía de la Abisinia, el imperio sobre el mar Rojo y sobre el estrecho de Bab-el-Mandeb. No habiendo conseguido los portugueses ocupar Adén y Socotora, para tener las llaves del estrecho, su imperio marítimo en la India quedó siempre á merced de las incursiones de turcos y egipcios, quienes impunemente aparejaban en el mar Rojo sus escuadras.

Esta fué, notoriamente, una de las principales causas de la inestabilidad y la corta duración del imperio portugués en la India.

Lisboa, 1862.

OLIVEIRA MARTINS

